



El Indiscreto

DIRECTOR Y REDACTOR
FEDERICO J. SILVA
REDACTOR
TEOFILO M. SANCHEZ

PERIÓDICO SEMANAL
LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, TEATRO y MODAS

DIRECTOR ARTISTICO
ALFREDO GODEL
ADMINISTRADOR
FRANCISCO I. ELZAURDIA

Año II

Montevideo, Agosto 13 de 1885

Núm. 63

SUSCRICION: *En la Capital*—Por un mes, 1 \$; por seis meses, 5 \$; por un año, 9 \$. *En Campaña y Exterior*—Por un mes, 1\$20; por seis meses, 6 \$; por un año, 10\$.
NÚMEROS SUELTOS: *Del día*, 30 cents.—*Atrasado*, 40 cents.



DE JUÉVES A JUÉVES

Los ocho días pasados no han sido tan estériles como los anteriores.

Por lo ménos se produjo en nuestra oficina el siguiente suceso:

Hacia tiempo que germinaba en nosotros la idea de publicar los retratos de los generales Oribe y Rivera, jefes entrambos y fundadores, puede decirse, de los dos partidos en que ha vivido dividida nuestra jóven República.

Aún cuando por su índole nuestro semanario es, como se sabe, completamente extraño á las cuestiones político-religiosas no dejaba por eso la realización de nuestra idea de entrañar algunas dificultades que obstaculizarían el progreso de nuestra hoja, enagenándonos la decidida cooperación que nos prestan algunos favorecedores, un tanto susceptibles en cuestiones que directa ó indirectamente tengan alguna atingencia con los dos partidos, que se han disputado siempre la preponderancia en el gobierno de nuestro país.

El obviar estas dificultades, á fuer de imparciales, era motivo de preocupación para nosotros. No sabíamos que temperamento adoptar para salir airosos en nuestra empresa hasta que al fin, á fuerza de devanarnos los sesos, concebimos la idea de publicar conjuntamente los dos retratos.—Esta idea nos pareció muy aceptable y factible y sin titubear tratamos de llevarla á la práctica.

Se nos presentó, empero, otro óbice: los dos retratos no podían ir en una página; ¿cómo salvar este inconveniente de último momento? ¿qué retrato debía ir en la portada? ¿el de Oribe, el de Rivera?

Ese era el punto á resolver, y nuestro fecundo ingenio (perdon por la modestia) nos indujo á darle solución, empleando la siguiente receta: resolver por la suerte el punto; y así lo hicimos.

Hé aquí el recomendable y moderno procedimiento que empleamos:

Tomamos una moneda de plata, (porque de oro hace tiempo que no vemos) colocamos en el anverso un papel con el nombre del general Oribe y en el reverso otro idem con el del general Rivera. Hecha esta operación, tiramos al aire con toda fuerza la moneda. Una vez en el suelo, vimos que el azar designaba al general Rivera para la portada, pues la moneda había caído con el nombre de este General, para arriba.

Salvado este inconveniente, se produjo otro: ¿cuál biografía debía ir primero? la de Oribe, la de Rivera? No lo sabíamos y... la moneda volvió á sacarnos del nuevo conflicto. Arrojada nuevamente al aire dió la preferencia esta vez al general Oribe, cuyo nombre quedó en la parte superior, y ya no hubo más que hacer.

La suerte nos había indicado el camino que debíamos seguir para dar publicidad simultánea á los dos retratos con entera imparcialidad.

El lector podrá juzgar del mérito de dichos retratos en cuanto á ejecución y parecido.

En el retrato del general Oribe podemos garantizar la mayor fidelidad en su reproducción. El modelo nos lo facilitó el Sr. D. Félix Buxareo, hijo político del citado general, quien nos asegura ser el retrato más auténtico que existe, pues fué hecho, al pastel, en Barcelona, estando en esa ciudad el citado General.

Del general Rivera nos ha sido imposible obtener un buen original y si el retrato que publicamos es bueno se debe exclusivamente á los esfuerzos de nuestro dibujante en el sentido de superar al modelo.

Como de costumbre estuvo muy concurrido el lunes ppdo. del caballero don Tomás Howard.

El rato de buena sociedad que se pasó esa noche en sus salones, es de aquellos que dejan las más agradables impresiones á los invitados.

Entre la distinguida concurrencia recordamos á las señoras de Ramirez, Berro, Gurmendes Lisboa, Ferreira, Wagner, — señoritas de Soria, Fynn, Wilson, Ponte Ribeiro, Muñoz, Wagner, Pereda, Stums, Arrien, Pringles, — y

caballeros Del Palacio, Wagner, D'Anglade, Ponte Riveiro, Lisboa, Guzman, Berro, Ramirez, Ferreira, Gurmendes, Areta, Piñeyrua, Stums, Marques, Villegas, Caminara, Arraga, Vaillant, Petit, Muñoz, Nunez, Fynn, Wilson, etc.

En casa del señor don José G. Arroyo tuvo lugar el sábado pasado el último *recibo* de los que este invierno se han dado allí quincenalmente. Como para que se conservase una grata memoria de él y el pesar de que hayan cesado estuvo animadísimo. Las parejas se revolvían con dificultad en las dos salas habilitadas para el baile.

Se sentían deseos de multiplicarse para tener el placer de atender á las bellísimas niñas que asistieron.

Las lilas estaban floridas y hermosas como nunca. Un poeta que mucho las ha cantado en inspiradas estrofas no hubiera trocado el placer de *cultivarlas* asiduamente por un imperio. No parece que las lilas le sean ingratas...

La discreción y la gracia estaban representadas en una elegante rubia cuyo nombre llevó la mujer de mas corazón que ha existido. A su lado vuelan las horas como minutos y los minutos como acordes armónicos.

Y el conjunto de niñas era como para convertir al más recalcitrante célibe.

La señora de la casa hacía los honores con su reconocida bondad y amable carácter.

También hemos bailado en casa de nuestro director artístico.

Todo *El Indiscreto* estaba allí y por cierto que muy dispuesto á pasar unas cuantas horas agradablemente. Aún recuerdo con placer las que se deslizaron entre baile y charla,—lo primero para nosotros, lo segundo para los que no bajaron del sétimo cielo de los musulmanes hasta que el aire helado de la mañana, á la retirada, les hizo comprender que vivían en la tierra, en la prosa.

Era una reunión íntima con motivo del cumpleaños de la dueña de casa. Se podía elegir entre las señoritas invitadas á ojos cerrados por más que diera gusto el tenerlas abiertas para mirarlas. ¿Y á quién no le gusta lo bueno?

Me gustan las morochas, me gustan las rubias, pero de aquel *bouquet*... en fin todas.

¡Caramba!... todavía estoy impresionado contando los días que pasarán antes de que tan alegre y amistosa fiesta tenga *bis*. ¿No cree el señor Godel que esto es una indirecta á lo Cobas?

En *La Lira* tuvo lugar el lunes el concierto vocal é instrumental anunciado.

Como no fuera grandemente atractivo el programa y la noche muy lluviosa, la concurrencia tampoco fué numerosa como de costumbre.

Atribuimos lo primero al cúmulo de atenciones que embarga á los miembros de la Comisión con motivo del gran concierto inaugural del local que se construye para *La Lira* en la calle del Cerrito.

La orquesta dirigida por Formentini se desempeñó brillantemente, gustando sobre todo el *Canto del Gondoliero* de Musinelli, para arcos solos.

La niña de Copetti que tocó el copophone es una lisonjera esperanza y se la oyó con gusto.

El señor Mainó nos hizo oír su atronadora voz de bajo profundo que dominaba la orquesta.

Obtuvo bastantes aplausos.

El éxito de Uguccioni fué la pieza ejecutada sobre la cuarta cuerda en el violín, saliendo airoso de las dificultades de la hermosa producción.

Nos falta espacio para ser más estensos como lo deseáramos.

No puedo seguir escribiendo, lector, no porque tenga los piés muy fríos y no pueda tener la pluma, como decía aquel amante que escribía á su novia en un día glacial como el de ayer —sinó porque ya no dispongo de espacio ni para una línea más.

Quedas prevenido y adiosito.

CARLITOS.

NUESTROS GRABADOS

BRIGADIER GENERAL D. MANUEL ORIBE

Sin duda alguna el General Oribe es una de las glorias mas puras y de las figuras mas distinguidas de la República Oriental, en las luchas por su independencia y libertad.

Su reputación merecida de ilustrado, hábil y valiente militar es proverbial y sus heroicas hazañas son inolvidables, segun la historia.

Desde el Plata hasta los Andes su nombre adquirió un prestigio envidiable y se circundó de una aureola de inmarcesible gloria.

Su brillante carrera militar comenzó el 31 de Diciembre de 1812 en la batalla del Cerrito de la Victoria, en donde fué ascendido, por su bravura, de soldado distinguido, á Alférez de Artillería.

El 23 de Junio de 1814 el ejército argentino mandado por el General Alvear entró á Montevideo. El General Soler fué nombrado, á la sazón, Gobernador de la Plaza y promovió enseguida al alférez Oribe al grado inmediato.

El 23 de Febrero de 1815 las tropas argentinas evacuaron la plaza y el ayudante don Manuel Oribe se rehusó á seguir al General Soler y se presentó al General Artigas que se habia separado de las fuerzas argentinas.

Desde esa fecha empezó una lucha terrible. Los orientales á pesar de los prodigios de valor y de los esfuerzos gigantescos que hacían, no obtenían ninguna ventaja y tuvieron, con el General Artigas, que abandonar su patria y esperar fuera de ella que sonara la hora deseada de su libertad.

El ya capitán don Manuel Oribe se embarcó para Buenos Aires con la mayor parte de los soldados de que se componía el Batallón de Libertos que comandaba el Teniente Coronel Bauzá.

D. Manuel Oribe permaneció en Buenos Aires hasta 1821, época en que regresó á Montevideo sin haber podido, á pesar de sus constantes afanes, preparar los medios de libertar su patria.

El 16 de Abril de 1821 fué decretada la incorporación de esta provincia al reino de Portugal, Brasil y Algarbes; esta anexión fué firmada por muchos orientales que fueron inducidos á hacerlo, por la fuerza y el engaño. D. Manuel Oribe se negó á firmar, produciéndose en este caso, con una energía y valor cívico que asombró á sus enemigos y puso á cubierto su personalidad de toda clase de intrigas y amenazas.

El 16 de Diciembre de 1822 el Cabildo se reunió y resolvió oficiar al General Lecor jefe de la plaza, que desde aquel momento desconocía su autoridad y no se le prestaba obediencia.

El capitán don Manuel Oribe fué de los primeros que se presentó á servir á su patria y el cabildo reconociendo sus altos méritos, lo nombró en Febrero de 1823 sargento mayor y comandante del cuerpo de caballería ligera, recientemente creado.

Los combates que presenciaron los defensores de Montevideo, singularmente en los días 17 y 19 de Abril de 1823, contribuyeron á consolidar la reputación del sargento mayor Oribe, cuyo valor y pericia causaron inmenso terror á los tiranos que oprimían su patria.

Cuando el Cabildo habia logrado reunir todos los elementos para destruir al ejército brasilero, el General Alvaro da Costa, jefe de los patriotas, entró en negociaciones con el Barón de la Laguna, entregándole la plaza el 28 de Febrero de 1824.

El sargento mayor Oribe no podía luchar solo con todo un ejército y no queriendo pasar por la humillación de rendir su espada á los enemigos de su patria, emigró á Buenos Aires en Diciembre de 1823 en compañía de 122 individuos entre oficiales y tropa.

Los emigrados en Buenos Aires no se daban un momento de reposo, preparando en silencio la caída del insostenible gobierno extranjero, en la patria. Bajo la detestable dominación brasilera los orientales no podían permanecer inactivos y el sargento mayor don Manuel

Oribe fué el primero que concibió la brillante idea de la cruzada libertadora. Esta idea la comunicó al Coronel don Juan A. Lavalleja que acogiéndola con patriótico entusiasmo, tomó la parte que le correspondía como comandante en jefe.

Hechos los preparativos para la mejor realización de la idea del sargento mayor Oribe, el 19 de Abril de 1825 TREINTA Y TRES ORIENTALES, mandados por don Juan A. Lavalleja y don Manuel Oribe pisaron el suelo sagrado de la patria, dispuestos á libertarla ó á morir por ella.

La marcha de los TREINTA Y TRES denodados patriotas fué una série de triunfos.

El 4 de Mayo de 1825, quince días despues del desembarco, flameaba en el Cerrito de la Victoria la gloriosa tricolor, símbolo de redención para la pátria. Don Manuel Oribe fué ascendido á Teniente Coronel y nombrado jefe del *escuadrón de dragones libertadores* que tan importantes servicios prestó á la santa causa que defendían.

El 12 de Octubre de 1825, el teniente coronel don Manuel Oribe ocupaba con sus dragones el ala izquierda del ejército, en la Batalla del Sarandí. La carga que llevó fué tan terrible que arrolló cuanto encontró á su paso, sembrando el espanto y la dispersión en las filas enemigas. El general en jefe lo ascendió en recompensa de su excesivo valor al grado de coronel.

Concluida la batalla volvió el coronel Oribe á ocupar su puesto en el sitio de Montevideo donde el Brasil tenía 5.000 hombres de las tres armas.

En esa época el gobierno de las Provincias Unidas del Rio de la Plata declaró la guerra al Brasil y mandó al Estado Oriental un ejército á las ordenes del general Alvear. Todas las fuerzas se concentraron y el regimiento del coronel Oribe se incorporó al ejército nacional.

El 20 de Febrero de 1827 se dió la batalla de Ituzaingó y el coronel Oribe fué recomendado como un valiente por el General en Jefe, en el parte oficial de tan heroica acción.

En esta batalla el coronel don Manuel Oribe jefe del regimiento número 9, fué destinado á cargar un cuadro de infantería alemana (al servicio del Brasil) que tenía á su retaguardia varias baterías de artillería. Oribe carga, pero el fuego mortífero de la infantería detiene el empuje de sus dragones é introduce el desorden en el regimiento. El coronel Oribe, al frente de sus soldados, se arranca con ira las charrateras y dirigiéndose á ellos, exclama: « *Quien manda soldados que retroceden ante las bayonetas del opresor brasilero, no es digno de llevar estas insignias.* » Estas palabras pronunciadas por el coronel Oribe bastaron para restablecer el orden en el Regimiento. Sus soldados cargan entonces con furor y rompen el cuadro de infantería, acuchillando á los artilleros sobre sus mismos cañones.

En Abril de 1827 despues de la acción de Camacú fué nombrado Comandante General de Armas.

Al fin, en Agosto de 1828 la jóven República Oriental del Uruguay se presentó á la faz del mundo libre de todo poder extranjero y constituida.

El 14 de Agosto de 1832 fué nombrado don Manuel Oribe Coronel Mayor, en premio de sus importantes servicios.

El 9 de Octubre de 1833 ocupó el elevado puesto de Ministro y el 24 de Febrero de 1835 ascendió á brigadier general, siendo nombrado el 1.º de Marzo del mismo año, segundo presidente constitucional de la República.

Su presidencia hará siempre honor al país, por el respeto á la constitución, por su moralidad y su marcha progresista.

Los hechos posteriores al año 35 no nos creemos autorizados á mencionarlos, ni podríamos tampoco hacerlo, áun cuando lo deseáramos, por el espíritu completamente prescindente de nuestro periódico en cuestiones político-religiosas.

BRIGADIER GENERAL D. FRUCTUOSO RIVERA

El General D. Fructuoso Rivera era oriental. Nació en el Miguelete por los años 88 al 90 del siglo pasado. Sus padres, naturales de la otra márgen del Plata, fueron de los primeros pobladores de Montevideo y poseedores de una buena fortuna.

Desde el año once datan sus servicios a la patria. Empezó entonces á servir en clase de distinguido á la edad de 23 años, en las filas de los independientes á las ordenes del Coronel Artigas y el año 13 comandaba el Regimiento número 3, que hacía parte del ejército puramente oriental con que Artigas se incorporó al que mandaba en Jefe el vencedor del Cerrito, General Rondeau, en el segundo asedio de la plaza de Montevideo ocupada por los realistas.

Rivera habia asistido en las mismas filas al primer sitio, acompañando á Artigas al Ayuí con las fuerzas que le siguieron, levantando temporalmente el asedio.

Soldado distinguido y acreditado de la Independencia combatió por ella en los campos orientales como bueno y esforzado patriota y jefe de orden.

El año 15 vino con su división á Montevideo, destinado por el General Artigas con el carácter de Comandante de Armas, en sustitución de Otorguez, señalándose por su espíritu de orden y restableciendo las garantías para las personas y propiedades de que habia estado privada la población por el despotismo de aquel caudillo y el desenfreno de su gente.

En la deplorable lucha que surgió entre los orientales subordinados á Artigas y los occidentales que obedecían al Directorio de Buenos Aires, Rivera sostuvo en alto la tricolor de Artigas, fué su brazo potente, triunfando en Guayabos en reñida batalla que dió por resultado la evacuación de la ciudad disputada de Montevideo por las tropas de Buenos Aires y su ocupación por los orientales.

**

En la invasión lusitana, el año 16, Rivera fué destinado por Artigas á disputarle el paso al ejército invasor por la frontera del Este, hostilizándolo valientemente á pesar de la inferioridad numérica de los patriotas que comandaba, mal armados.

En esa época libró la desgraciada acción de India Muerta, contra las tropas aguerridas y disciplinadas del General Lecor, peleando con bravura y disputándole la victoria, que negó la fortuna á los tercios Orientales.

Triunfante el conquistador extranjero, se posesionó el año 17 de Montevideo, á la vez que otro ejército á las ordenes de Curado invadía por el Norte, luchando contra sus legiones el General Artigas en defensa del pátrio suelo.

La guerra siguió hasta el año 20 con todo su cortejo de males y vicisitudes, siendo Rivera el jefe patriota que envainó su espada ante la conquista, despues de más de tres años de combatirla.

**

El año 25 la heroica empresa de los Treinta y Tres patriotas al mando de Lavalleja, encontró á Rivera bajo la bandera del Imperio, pero acariciando la idea desde meses antes de levantar la enseña de redención de la patria del dominio extranjero.—Sorpresa por Lavalleja, es su prisionero; pero el prisionero era patriota y patriota de gran valía, y poniendo su espada al servicio de la patria, vigoriza con su prestigio y contingente la gloriosa empresa de los Treinta y Tres y es uno de los jefes de la inmortal cruzada.

Triunfa Rivera en el Rincon de Haedo, combate como bravo en Sarandí y los dos primeros lauros que ciñen la frente inmaculada de la Pátria, son conquistados con su espada victoriosa, el primero como jefe principal de los héroes del Rincon, y el segundo como brigadier inspector en Sarandí á las ordenes de Lavalleja.

La señaladísima parte que ocupó al General Rivera en esa jornada gloriosa, la recomendaba el General en Jefe Lavalleja en estos términos en el parte dirigido al día siguiente desde el Durazno al comisionado del Gobierno Provisorio en aquel punto:

«El bravo y benemérito Brigadier Inspector, despues de haberse desempeñado con la mayor bizarría en el todo de la acción, corre una fuerza pequeña que ha escapado al filo, de nuestras espadas.»

El General Rivera emprende la célebre campaña de Misiones, toma esos pueblos al enemigo, y en veinte días se enseorea de toda la provincia de Misiones, cuyo espléndido triunfo arrancó aquella frase histórica al lábio del Emperador del Brasil don Pedro I:

«Es preciso hacer la paz».—Y la paz se consumó, eriéndose la antes Provincia Oriental, en Estado independiente y soberano, coronando la gloriosa obra de los Treinta y Tres y de los campeones del Rincon, Sarandí, Cerro, Ituzaingó y Misiones.

Constituida la República, Rivera fué su primer Presidente Constitucional, en cuya liberal administración figuraron don Luis Eduardo Perez, y don Carlos Anaya como Vice-presidente de la República; y como ministros don José Ellauri, don Gabriel A. Pereyra, general Rondeau, don Lucas Obes, don Joaquin Suarez, don Santiago Vazquez, don Juan Maria Perez, don Francisco Llambí y general don Manuel Oribe.

Desempeñó la tercera Presidencia Constitucional el año 39, figurando en su administración como Vice-presidente don Gabriel A. Pereyra, don Luis Eduardo Perez y don Joaquin Suarez, y como ministros don José Ellauri, don Alejandro Chucarro, los generales Rondeau, Aguiar y Martinez don Francisco J. Muñoz, don Francisco A. Vidal, don Santiago Vazquez y el coronel don Melchor Pacheco y Obes, este último en los primeros meses del 43 al terminar su presidencia.

ISIDORO DE-MARIA.

UNA FIESTA RELIGIOSA EN UN PUEBLO DEL PERU

Escrito especialmente para « EL INDISCRETO » por la distinguida literata peruana
S.^{ra} D.^a MERCEDES CABELLO DE CARBONERA

Poco tiempo hace, que la gran desgracia que aún enluta mi alma, llevome á un pueblo situado á corta distancia de Lima, cuya población compuesta en su mayor parte de indígenas, conserva á pesar de su proximidad á la capital, el sello de antiguas y extrañas costumbres.

Era por el mes de Enero. A partir de la Pascua de Navidad, organizanse cuadrillas de indias jóvenes, de trece á quince años, con el fin de celebrar, con las festivas *payas*, el nacimiento de Cristo.

La *payá*, es una danzante religiosa, al tenor de la bayadera de la India: áun que sin el carácter religioso de ésta, y sin pretender como las danzantes de las pagodas Indias descender de las del cielo de Yndra.

La *payá* peruana, es una india alegre y feliz, que por cierto tiempo, consagra algunos días, á celebrar el nacimiento del Niño-Dios.

El traje que lleva, es curioso por ser de exclusiva invención. Participa algo del *anaco* y la *lliella* que desde el tiempo de los Incas, usa la india de las cercanías del Perú: pero ha pasado por la innovación de las telas que forzosamente tienen que adoptar; las que de ordinario son: raso, cachemira ó terciopelo de algodón, de colores chillones y retumbantes; pues es sabido que los colores suaves y de medio tono, están proscritos por el buen gusto de los indígenas peruanos. El verde combinado con el amarillo y el rojo, son colores que gozan de gran estima y predilección, del indio que viste de fiesta.

El traje de la *payá* tiene falda corta, adornada caprichosamente con cintas y colgajos extravagantes; el corpiño ajustado al cuerpo, deja ver un busto escultural, por lo rollizo y bien formado; los brazos y la garganta quedan descubiertos, y los llevan adornados con pedrerías, que, en otro tiempo fueron de gran valor, y hoy, despues de la invasión chilena, que más que soldados, fueron escobas que barrieron todas las joyas de algun valor: fuerza es contentarse, con las que quedan, entremezclándolas con piedras falsas y cuentas de vidrio. En la espalda llevan lo que en la lengua nativa se llama *lliella*; es una esclavina de forma cuadrada, que no alcanza á cubrir sino la espalda y va prendida sobre los hombros, con un largo alfiler de plata en forma de cuchara, que en caso necesario desempeña su oficio.

Completa este traje, blanca guirnalda de flores, símbolo de virginidad é inocencia.

La prenda más esencial es un largo bastón en forma de

chinesco, adornado de cascabeles y objetos de cristal, que suenan, cada vez que la *payá* en el curso de su danza, golpea el suelo acompasadamente: este chinesco está además adornado con briscados y colorines de relumbrante y vistoso efecto.

Cada cuadrilla de *payas*, lleva su correspondiente orquesta, que á decir verdad, es lo más detestable que oírse puede; y cuenta, que la osadía de los discípulos de Paganini, los lleva hasta considerarse notabilidades sin rival. Un violín, un tambor y algunos otros instrumentos de viento, forman la orquesta, al compás de cuya monótona música, danzan las infatigables indias.

(Continuará).

CHINGOLEOS

A decir verdad no sé sobre que escribir.

Montevideo todavía no dá suficiente paño semanalmente para cortar una crónica social.

Es cierto que se hace vida de sociedad pero en el seno de la intimidad—solo los de casa, como se ha dado en llamar á las personas de mas estrecha relación, que se reunen en *petit comité* á platicar un rato.

Solo en lo de Shaw, en lo de Howard, en lo de Cristoper sen y recién en lo de Roosen se *hace* música y se baila, lo que en gran parte contribuye á que sus recibos sean de los mas concurridos por la gente de buen tono.

Apesar de esto tienen grandes atractivos los lunes de Eatsman, los miércoles de Herrera, los viernes de Acevedo y los sábados de Araucho.

Son otros tantos círculos de personas distinguidas en cuya compañía se pasan agradables momentos pues la conversación rueda sobre tópicos en los que tiene gran participación, el arte, la ciencia y las demas manifestaciones del saber humano.

Lamentable es que por resabios cuya razón no alcanzo existan esa diversidad de círculos que son otros tantos mundos distintos, pues, los miembros de uno no estan vinculados con los del otro, en la generalidad de los casos ni por la simple amistad.

En un país democrático como el nuestro no pueden invocarse otros títulos que aquellos que dá la educación y la rectitud de proceder—hablar de posición contando las monedas que puedan dormitar en el bolsillo, es un anacronismo, un desatino que toda persona medianamente culta tiene que rechazar.

Este es el motivo y no otro, porque vemos distanciadas á muchas familias en una sociedad pequeña como la nuestra, donde debiera existir, entre todos, esa corriente de simpatías y de afectos cuya benéfica influencia llega hasta el seno de la familia haciendo parte de su felicidad.

Se comprende que algunos resfriados de mollera se crean y quieran hacer creer que su personalidad tiene más significación que la de otros; que por eso se les vé en los salones, en el Club y en las calles *mu echao pa tras*; que en las conversaciones privadas pretendiendo sentar plaza de inteligentes saquen patente de simples; que siempre que les viene á pelo indiquen indirectamente que por sus venas corre sangre azul.

Esas son majaderías, debilidades propias de la especie humana que no pueden ser suficiente causa para que exista la división social que acabo de apuntar.

Somos pocos y nos conocemos — de tontos nada dijo la voz del Sinai!

Veo que, rema que rema, ya van algunas carillas escritas y gracias que me he metido á moralista, sinó corría el riesgo de quedarme en la primera, salvo que hubiera relatado algo que tiene preocupadas á muchas de nuestras elegantes pues se trata de una enemiga acérrima del matrimonio que está en visperas de doblar su niveo cuello para recibir el dorado yugo matrimonial.

La protagonista es una de esas mujeres que inspiran pasión con el solo voltear de sus pardos y adormidos ojos.

Tan hermosa como inteligente, tan buena como espiritual — es reclamada su presencia en todos los salones.

La encontraba siempre y siempre tenía para ella esas bromas que en medio de su afectuosa vulgaridad tienen mas alcance y más intención que las largas disertaciones con que los *pschut* fastidian á las niñas.

¿Cómo está? ¿Persiste aún en ser libre como el aire de la Pampa? — le preguntaba.

Sí, amigo mio, sigo en mis trece, — hago vida de sonámbula — me contestaba.

Tanto se ratificaba en sus afirmaciones, de ayer, que hubo momentos en que di crédito á su palabra.

Contribuía á ello el que recordase una página de su vida por cierto nada alegre que cometiendo una indiscreción voy á relatar:

El año. los revolucionarios paseaban las cuchillas de la República.

Entonces mi amiga contaba 18 años y era la prometida de un joven estudiante próximo á terminar su carrera de abogado.

Enrolado en la guardia nacional y estando una noche de avanzada á la altura del Cordón se le ocurrió salir fuera de la línea acompañado de un amigo, con el objeto de procurarse unas rosas thé que solo se encontraban en una quinta de la entonces calle del Carmen, hoy de la Colonia, á la altura de las Tres Cruces.

Sus amigos le combatieron ese acto temerario porque precisamente en ese paraje se encontraba la línea de los revolucionarios.

El se reía de los vaticinios y decía—«Ella me manifestó anoche el deseo de poseer un ramo de esas rosas y yo quiero complacerla.»

«Si no importaran un sacrificio serian indignas de ella.» Burlando la vigilancia del jefe y sobornando á fuerza de ruegos al oficial de guardia, partieron los arrojados jóvenes en dirección á la quinta de las rosas thé.

Caminaron diez cuerdas tomando toda clase de precauciones para no ser vistos—en medio de un silencio sepulcral que solo era interrumpido á intervalos por el imponente ¡alerta! de los centinelas.

Llegaron al sitio deseado.—El saltando el cerco se dirigió á un angulo del jardín donde le constaba que existian los famosos rosales—su amigo en tanto lo esperaba fuera. Pasaron cinco minutos.

El ya habia formado su ramo —para tener mas libres sus movimientos en el momento de saltar la tapia, lo habia colocado entre el chaleco y la camisa, á la altura del corazón.

De pronto sientese una detonación acompañada de un grito desgarrador, tanto como si llevará tras de sí un alma que no quiere dejar el mundo.

El habia caído atravesado por la bala de un espía del bando contrario que precisamente venia cruzando la quinta en dirección á Montevideo.

Como le viera vestido con el traje de la Guardia Nacional hizo fuego y huyó.

El prometido de mi amiga cayó como herido por un rayo, revolcándose en un mar de sangre.

Su compañero, joven valiente, y que aun suele vérsese en nuestros salones, corrió en la dirección de donde saliera el grito.

Allí encontró á su infortunado amigo ya cadáver.

Sobreponiéndose á todo sentimiento de dolor, lo cojió en sus brazos y se dirigió con él, al punto de partida donde ya los amigos hacian comentarios sobre la tardanza.

Fué un calvario el trayecto que hizo el noble amigo—de trecho en trecho tenia que detenerse á descansar por que á medida que se iba enfriando el cuerpo se hacia más pesado.

Llegado que hubo y después de haber entregado á sus compañeros aquel funebre presente fué presa de un síncope que lo dió en tierra.

El cuerpo del temerario joven fué entregado á la familia.

Al vestirle para ser colocado en el ataúd se le encontró empapado en sangre el ramo de rosas thé, que á costa de su vida habia conquistado para satisfacer el deseo de la mujer querida.

Fué guardado como una reliquia.

Ella á los pocos días tuvo conocimiento del hecho—

vistió luto—solicitó como recuerdo una rosa—creo que la conserva.

De entonces puso una barrera de hielo entre ella y sus muchos admiradores.

Nadie se atrevía á festejarla temeroso de no ser atendido; tanto más cuanto que ella lo repetía de continuo. “No tengo corazón, ha muerto y los muertos no se desposan.”

Pero. . . hoy hace su canastilla de bodas.

Digamos con Pelletan, el mundo marcha!



Dominando mi habitual *spleen* asistí el viernes al primer recibo de la señora de Roosen.

Fué pisar el vestíbulo de su nueva y elegante casa y me sentí otro.

Allí se respiraba franca alegría — las caras que veía al través de los cristales así lo demostraban.

Al dar el primer paso en los salones me encontré con la señora de Roosen que como á todos me colmó de atenciones y frases llenas de exquisita galantería.

Es admirable como tan distinguida matrona cumplimenta á sus invitados — se multiplica por complacer á todos.

¡Cómo conoce nuestros gustos!

En valde es que nos disfracemos de misteriosos — ella con una broma del mas refinado buen tono, nos anuncia que está en el secreto y sin darnos cuenta de ello ó por lo ménos haciendo el papel de que así sucede nos encontramos en sus salones con algo de lo que buscamos en todas partes.

No es posible dejar de ser partícipe de la animación que reina en las fiestas de la Sra. de Roosen y prueba de ello es que yo con mis cincuenta y pico tenia allí toda la traza de un muchacho de 18 años, pues creo que hasta tenia aire de conquistador.

Tambien no era para ménos tropezando con Matilde Muñoz, Teresa Lizarralde, María Gonzalez y Elena Alzaga.

¡Qué mujeres *mon dieu*, qué mujeres!

Salía de las brasas y caía en las llamas, pues desfilaban ante mí Ana Muñoz, Carmen Belgrau, Thule Roosen, Elena Soria, Francisca y Antonia Piñeyría, Lola y Consuelo Diaz, Esilda Castellanos, señorita de Wagner, Sofia Pringles, Sofia Sosa Diaz, Julia Balvé, Amelia y Adela Zabella, Adelina y Basilia Gonzalez, Fernanda Alzaga, Carolina Figueiras, Diana, Adela y Paz Garcia Wich, Maria Lafone y. . . no recuerdo más.

Si me dieran á elegir me quedaria. . . con todas.

Digo esto porque en cada una encuentro algo bueno.

Una con ojos negros como el ala del mirlo americano, otra con lábios donde juguetean las sonrisas, las más elegantes, graciosas, espirituales, todas rivalizando en belleza.

Tres horas devoré en medio de tan grata compañía — tres horas que recuerdo con cariño, pues tuvieron el poder de sustraerme al fastidio que domina mi espíritu por causas que un deber me impone dejarlas en el fondo del tintero.

Aun mis amigas y amigos, que eran *res innumerabile*, gustaban de los placeres de la buena sociedad y del baile cuando yo bajaba la escalera con mi amigo. . . haciendo entre ambos la crónica de la fiesta que reasumíamos en un colmo, el del laconismo, con esta palabra ¡espléndida!



Concluiré estas carillas sueltas, desaliñadas, con unos versos en los que el poeta, como el soñador de Becquer, persigue una sombra, tarea en la que de seguro empleara toda la vida sin alcanzar jamás la realidad:

Te busco conmovido y no te encuentro;

¿En dónde, en donde estás?

Eres sólo un delirio de mis sueños

Que muere al despertar?

Los rostros donde á veces he creído

Tus ojos vislumbrar,

No son los ojos ¡ay! que yo he soñado

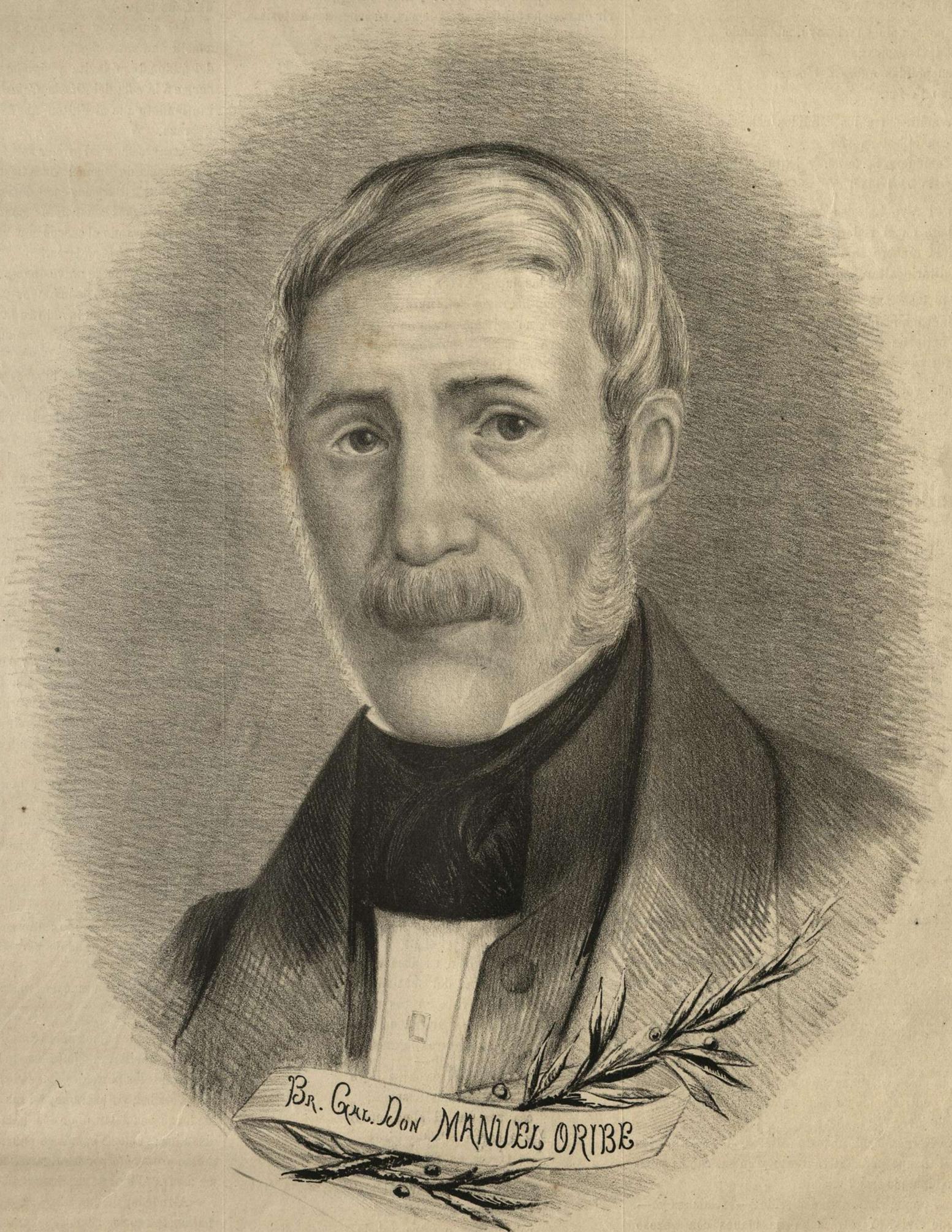
Profundos como el mar;

Como el mar apacibles ó brillantes

Sonreír ó llorar,

Mirar amantes ó llamear airados

En calma ó tempestad.



BR. GEN. DON MANUEL ORIBE

Y mi alma en su hondo anhelo necesita
Tus ojos encontrar,
Del céfiro en las alas susurrantes
O en el rauda huracán.

Este deseo voraz que me domina
¿Nó se realizará?
¿Sólo un instante en sombras he de verte?
Nunca te he de tocar?

Te contemplo en el rayo moribundo
Del sol al espirar;
En las pálidas nubes del ocaso
Adivino tu fáz.

Envuelta entre los cándidos celajes
Que con el sol se van
Cuando muere la tarde, y lenta avanza
La triste oscuridad;

En el rayo indeciso de la luna,
Del lago en el rielar;
Y en la fúnebre sombra que rodea
El solitario altar.

Y te busco, te busco, y no te encuentro:
¿Es inútil mi afán?
¿Sin éxito en su anhelo mi alma, todas
Sus fuerzas gastará?

Haciendo votos porque encuentre feliz respuesta el
dolorido bardo, dá por terminada su misión.

MIGUEL FERNANDEZ REYES.

EL MUNDO DE LOS RECUERDOS

EPILOGO DE UNA TRAGEDIA (1)

(POR LA SEÑORA DOÑA JUANA MANUELA GORRITI)

I

Qué bella es la juventud! cuan rientes son sus pensamientos! cuan generosas son sus aspiraciones, cuan ideales sus ensueños!

Así escribía yo una noche en Buenos Aires, comenzando el primer capítulo de una novela, despues de una deliciosa velada entre un grupo de beldades.

Reclinada la cabeza en la mano y la mente vuelta hácia aquella época de la vida, tan lejana ya, y por lo mismo embellecida con todos los prestigios de la distancia, mi lábio repetía la frase con amorosa unción:

--Que bella es la juventud!...

--Ja! ja! ja!

Volvíme con ademán airado, al escuchar esta sacrilega risa.

Con profundo asombro mío, Fernando R. el alferez de marina que yo creía muerto, hacia tanto tiempo, estaba allí; leía por encima de mi hombro, y en su semblante antes tan sentimental, vagaba, ahora, el sarcasmo de su risa.

Pero, ¿era Fernando Risco, ó el ingeniero inglés de cerrado acento británico que dirigía las obras de ornamentación de la plaza L., y que más de una vez habia fijado mi atención y entristecidome por su semejanza con aquel infortunado jóven?

No: era Fernando, el apuesto alferez, á pesar de las huellas del tiempo en su altiva frente y en sus rubios cabellos: no habia duda era el mismo.

--Cómo es que vivís, amigo querido?--exclamaba yo-- cómo es que vivís? Y estrechaba sus manos con gozoso enternecimiento.

Mas él, sin responder á esta cariñosa acogida, con purísimo acento limeño, púsose á hacer de mis frases una parodia impía.

--Qué bella es la juventud!--decía, con irónica sonrisa--cuán calculadores son sus pensamientos; cuán sólidas sus aspiraciones; cuán auríferos sus ensueños!

--¡Malhaya--dije, casi llorando--¡malhaya el escép-

tico que viene del otro mundo á echar en mi novela la sal del mal agüero!

--Al contrario, hija mía, dóile el interés filosófico que le falta. Ah! tú te obstinas, todavía, en hacer del éter su atmósfera? Cuidado! que en todas las edades esa atmósfera es letal. Yo tambien, allá en un tiempo, viví en esa mágica región. Por dicha, un puntapié en mitad del alma me arrojó de allí como á... Calle! pues ¿no iba á incurrir en tamaño fosilismo? Además, tú sabes esa historia.

--No tal.

--Pues, si la has referido.

--No la recuerdo.

--Cómo! ¿No sabias tú que yo amaba á Elisa Rivas, que era amado de ella, y que el día de mejor sol cambió mi amor por el oro de un judío? Pues, amigueta, nada menos sucedió.

Mi rival contaba las esterlinas por millones; yo solo poseía del metal que las forja mis galones de marino. El otro la obsequiaba con un palacio; yo no podia ofrecerle otra mansión que mi camarote á bordo de la «Apurimac.»

Elisa me desechó.

Caí de las nubes. El sér ideal que la imaginación habia formado con los rayos de la aurora y los nacarados celajes de la tarde, no era sinó una mujer, una hija de Eva, que me fingiera un paraíso, para hacerme gustar despues el amargo fruto del desengaño.

Pero yo, ménos paciente que Adán, quise hacerme justicia; y tomando el camino mas corto, arrojéme con la pérdida de lo alto de un peñasco, á las embravecidas olas del mar, en una fuerte resaca.

Unos pescadores que recorrían aquellos parajes velando sus redes, lograron salvarla, arrancándola á mi mortal abrazo.

Avergonzado de verme arrebatado mi venganza, hundíme en el abismo....

(Continuará.)

A LA SEÑORITA C. H.

Chantez ma belle
chantez toujours.

Pues de tu voz el sonido
aun vibra dulce en mi oído
y aun en mis sueños me inquieta,
yo te diré conmovido
las palabras del poeta.

¡Canta! sí, que tu dulzura
al ruiñeñor hace agravios
y es presagio de ventura
la poética ternura
que saben verter tus lábios.

Canta, que á tu acento rotas
las puertas del sentimiento,
queda la vida en tus notas,
pues que su aroma en el viento
con tus cantares agotas.

Canta, que tu voz se lleve
mis tiernísimos suspiros;
esa voz que al alma mueve
y á cuyos celestes giros
se trueca en fuego la nieve.

Canta, que se eleve al cielo
tu cantar en espirales
robándonos nuestro anhelo,
pues sabrán darnos consuelo
de tus lábios los corales.

Canta, que al grato rumor
mas nuestra fé se agiganta,
inspirándonos amor
Dios, que puso en tu garganta
el nido de un ruiñeñor.

MANUEL A. DE AVILA.

Agosto de 1885.

EL BAILE

Creeréis que voy á desarrollar ante vuestros ojos un tratado etimológico sobre el arte de Tersipcore?

Pues estais muy equivocados. Me falta para ello la erudición, tiempo y espacio necesarios y por otra parte ¡se ha dicho tanto sobre esta materia!

Así pues, voy inmediatamente *al grano* y si no te asusta una *vueltecita* de siete ú ocho mil leguas, agárrate del faldón de mi levita y sígueme, que yo cuidaré de prenderme á la cola del *Diablo Cojuelo*, (nuestro conductor) garantíéndote que ni Fulton ni Telegraph nos ganarán en ligereza.

Atravesemos del primer salto la República Oriental y la provincia de Buenos Aires hasta 60 leguas mas allá del Azul y nos hallaremos en el desierto de Tapalquen. Al lado de unos ranchos construidos con pieles y ramas, bailan y saltan quebrando el cuerpo con contorsiones grotescas algunos hombres y mujeres.

Es una tribu de bravos *pampas*.

Ha muerto uno de los suyos y bailan á su alrededor la *saichá*... Mañana invadirán la hacienda de un blanco, y sobre los restos de sus víctimas bailarán la guerrera *Haicabé*.

Alejémonos de estos lugares y atravesando los domínios de los ranqueles, los Cañaverales, Totoral, Río Tucuyán, las cordilleras, dejando á la derecha á Mendoza y pasando por Santiago, no nos detendremos hasta Valparaíso en donde halagarán nuestros oídos los incitantes acordes de una orquesta, que salen como mensajeros del placer de una casa.

No te alarmes si penetramos en la misma, sin que precedan las formalidades de una presentación. Vamos con el *Diablo Cojuelo* y él nos disculpará... Lo ves, nadie extraña nuestra presencia y podemos gozar del espectáculo seductor que se ofrece á nuestra vista.

Veinte parejas, unas frente á otras parecen disputarse la supremacía. Las niñas haciendo ondular al compás de la música anchas cintas de seda, dando vuelta á todos lados, luciendo con sus movimientos voluptuosos la blancura de su garganta, la morbidez de sus torneados brazos y la flexibilidad de su talle, hacen seguir á los jóvenes todas esas evoluciones. Su deseo, su afán consiste en apoderarse de la cinta de su pareja.

Por momentos la pérdida lo alienta y lo atrae con una mirada, aminora la rapidez de sus movimientos; el jóven cree entonces el triunfo seguro, se abalanza para coger su tesoro y... se encuentra burlado porque una media vuelta hizo poner la tan deseada cinta lejos de su alcance.

Despues de muchos esfuerzos, se vé como el galán, á medida que la música alarga el compás porque toca á su fin, hace un desesperado esfuerzo y se apodera de la codiciada cinta que la rendida pareja se ve obligado á entregarle.

¿Te gusta el minué nacional de Chile?

*
**

--¿Donde vamos ahora?

--A Sevilla... No te asuste la distancia... ¿Ves? ya aspiramos los perfumes emanados de los jardines de la hermosa ciudad; ya entramos en sus tortuosas calles; pasemos de largo por delante de los palacios cuya arquitectura te asombra; vamos á entrar en aquella taberna de donde sale humo producido por los cigarrillos de los concurrentes y se aspira el olor de los licores alcohólicos.

Alrededor de una mesa cargada de vasos y botellas, se hallan tan serios como si se tratara de una conspiración treinta ó cuarenta bebedores, formando un semicírculo.

Del otro lado de la mesa una jóven de ojos negros y rasgados, de cabellera que compite en su color con el ala del cuervo, de escote atrevido y caderas proeminentes, baila al son de las castañuelas con que se acompaña, armonizándolo con el de una guitarra.

Su traje se compone de una mantilla prendida por un alfiler de oro colocado junto á su peineta. Del lado izquierdo como único adorno, se destaca una rosa en su abundante cabellera. Lleva un vestido de seda adornado de oropel y

(1) Véase «Sueños y Realidades» «El Lecho Nupcial».

suficientemente corto para dejar ver las formas tentadoras de una pierna torneada.

Los espectadores son *gente de bronce* en su mayor parte.

Uno de ellos se adelanta y presenta la mano á la hermosa bailarina.

Creer que ella va á colocar allí la suya? No; lo que pone es el pié; y apénas tocándolo liviana como una pluma, salta sobre la mesa llena de vasos y botellas; allí se quita uno de sus zapatos de raso, coloca dentro de él una hoja de rosa y luego se lo calza y sigue bailando.

Y entre los estorbos que contiene la mesa, ejecuta los pasos más difíciles ante los cuales retrocedería una bailarina de la Opera.

Todo trabaja en ella; los ojos, los piés, la cintura flexible como un junco, el cuello, la cadera y los brazos.

Sus movimientos son rápidos y su auditorio sigue el compás con el sonido de sus palmas, conteniendo hasta la respiración para no perder detalle.

Por fin, palpitante, los ojos brillantes y el rostro como el fuego, la bailarina salta al suelo y sacándose de nuevo el zapato, muestra á la concurrencia la hoja de rosa tan fresca como cuando la puso.

Entonces estallan como una tempestad los aplausos; es un entusiasmo frenético, un delirio; las capas y los sombreros caen á los piés de la bailarina; corre la *manzanilla* y entre frases exageradas y galantes demostraciones de admiración rodean á la heroína de la fiesta, haciéndola participar de sus libaciones.

Tal es el *fandango*, el mas voluptuoso, el mas amado de todos los bailes españoles, y al cual no es capaz de resistir nadie, cuando es bailado por una manola andaluza.

—De aquí al cielo, me decía un gitano la primera vez que presencié este espectáculo.

—O al Hospicio; murmuré yo juiciosamente viendo cuanto había padecido mi bolsillo con las continuas *convivencias de cañas*.

(Continuará).

¿QUE AMIGOS TIENES BENITO!

VI

Aquello no era broma.

Ni el atribulado aspecto del empresario lo dejaba comprender así, ni se le ocurrió el pensarlo á ninguno de los presentes.

Los miedosos, que lo eramos casi todos, nos apiñamos aterrados y cadavéricos.

Algunos mas valientes dijeron:— Debe haber sido una muerte supuesta, entremos señores,— tanto mejor si vive aun nuestro amigo.

Y entraron.

Detrás de ellos otros. El ejemplo dió valor á los mas colardes y entramos casi todos. Apenas quedó en el salon media docena de tímidos recalitrantes.

Lo que vimos helaba la sangre.

El difunto se hallaba sentado dentro de la caja sin dar ninguna señal de vida. Sus ojos estaban inmóviles y vidriosos, la nariz afilada y recta, los labios blancos, la frente con aquella palidez mate, propia solamente de los cadáveres.

Estabamos atontados, respirábamos trabajosamente y nuestros ojos espantados giraban al acaso desde el cadáver incorporado al Santo Cristo colocado en el fondo del cuarto, y del Cristo á los cirios que chisporroteaban lugubramente, lanzando reflejos trémulos de luz amarilla y pálida. Nos creíamos trasportados á una esfera sobrenatural.

Pasó un minuto silencioso y largo como un siglo.

El muerto habló.... ¡Sí, hablaba, era su voz!....

Su habla fué monotoná, inanimada, fría como el hielo.

Hacia estremecer los nervios, como las ráfagas del viento en los cipreses del cementerio en la hora de un crepusculo de invierno, cuando el Sol acaba de ocultarse.... pero era su voz!.... Todos la reconocimos á pesar de dominarnos el horror.

Voy á repetiros lo que dijo.

El Angel de la Muerte que en sus brazos arrebatava mi alma le permite retroceder para animar por cinco minutos la cárcel que ocupó en vida y hablaros, amigos míos. Oídme.

He muerto arruinado, pero no me mató mi ruina sino el sentimiento de haber arrastrado en ella á un huérfano inocente cuya fortuna me habia sido confiada y descuidé de administrar como era debido. Hube de deciroslo durante mi enfermedad, pero los doctores no me dieron tiempo.... Mi alma lloraba triste aquella desgracia porque preveía los castigos que la aguardaban, pensando así mientras volaba por los espacios de la eternidad; y viendo su pesar le ha sido permitido volver á juntarse con su cuerpo.... Si remedio el daño involuntario que he causado al huérfano, Dios me concede que se alargue mi vida. Vosotros, amigos míos, entre los que veo tantos con inmensas fortunas, prestadme la cantidad que me es necesaria para esa reparación. Dedicaré mis nuevos años de vida á trabajar para pagaresta sagrada deuda y vosotros tendreis la satisfaccion de haber salvado mi cuerpo y mi alma. Responded....

Calló el difunto. Nosotros le mirábamos estáticos y llenos de terror. Mientras pronunciaba este breve discurso su rostro no se habia animado, sus ojos seguian abiertos é inmóviles; pero al terminar, sus labios hicieron un movimiento imperceptible y volvieron á comprimirse, por los ojos le pasó como el reflejo de un fuego fátuo y se pasearon lentos, glaciales, indefinidos, por el círculo de circunstancias, todos más pálidos que el mismo difunto.

Los cinco minutos de vida concedidos al muerto iban transcurriendo.

En medio del general estupor vibraban en nuestras sienas los golpes del péndulo del reloj que iba descontando inexorablemente los segundos.

El muerto incorporado en su ataúd seguía helándonos con su mirada. Esperaba una respuesta.

Nadie la daba.

¡Oh, escépticos, misántropos, detractores del corazón humano,— gracias á Dios que no presenciábais aquella escena. Os habriais ensañado con nosotros.

VII

Pasaron los cinco minutos: el silencio no se interrumpió.

Apareció entónces una amarga sonrisa en los labios del difunto... ¡Una sonrisa que jamás olvidaré!... Apagóse el reflejo opaco de sus ojos y cayó desplomado sobre el ataúd.

Al mismo tiempo se oyó una voz que no se supo de donde partía pero que en aquel momento atribuimos al alma de Benito al abandonar el cuerpo, voz inconcebible, fatídica, estraña, indescriptible, que pronunció estas palabras de eterna ironía.

¡QUÉ AMIGOS TIENES, BENITO!...

VIII

La resurrección del pobre Benito no habia podido prolongarse y de los terribles cinco minutos de segunda vida no quedaban más vestigios que aquella triste y amarga sonrisa que no se borró de su semblante.

Se pidió al empresario fúnebre que hiciera tapar la caja para no ver el rostro del muerto con su horrible sonrisa.

IX

Todos nos esforzamos por creernos ludibrio de una pesadilla y salimos de la estancia mortuoria secándonos el sudor frio que inundaba nuestras frentes.

Se condujo la caja al carruaje y éste se puso en marcha. El duelo siguió detrás formando una larga y lucida comitiva.

Media hora después vimos sepultar los restos de nuestro amigo queridísimo.

Cuando le destaparon para echarle la cal aún se sonreía como diciendo:

¡QUÉ AMIGOS TIENES, BENITO!

Eschanz y Resol.

Montevideo, Agosto de 1885.

CARTA

Sr. D. Federico J. Silva—Presente.

Montevideo, Agosto 10 de 1885.

Distinguido compatriota.

He recibido su favorecida 6 del corriente la que me hago un honor en contestar.

Agradezco la distinción que V. ha hecho, al colocar el retrato de mi finado padre en la portada de su ilustrado periódico EL INDISCRETO.

No me toca á mi apreciar los conceptos con que usted estima los meritos que pudiera tener ó haber adquirido mi padre en su larga carrera militar; todo cuanto sacrificio pudo hacer no era sino un deber de él, como de todo hijo de la Pátria. Sacrificarse por ella con abnegación y desinterés hasta verla libre del opresor, les era meludible.

La historia es á quien toca darle o quitarle, ella lo colocará depurado en el asiento que le corresponda.

Respecto al parecido es una buena semejanza, me siento satisfecho de ella.

Cumplido mi deber, me es grato repetirme de Vd. con la consideración y aprecio que Vd. me merece, su affmo. S. S. S. y amigo.

PABLO ZUFRIATEGUI.

EVA TETRAZZINI

Con la inspirada partitura del maestro Marchetti: *Ruy Blas* tuvo lugar antenoche la función de gracia de la simpática soprano dramática Eva Tetrazzini.

Un público numeroso acudió á nuestro gran teatro, deseoso de ofrecer á la jóven é inteligente artista una nueva prueba del aprecio que le profesa, y al cual ella ha sabido hacerse acreedora por sus relevantes méritos.

Muy jóven, niña aun, puede decirse, Eva Tetrazzini debe enorgullecerse de haber alcanzado ya un puesto elevado en su carrera artística. Con su claro talento, su profundo amor al arte y al estudio, Eva ha conseguido en tres años de vida escénica lo que á otras cuesta largo tiempo de afanes y desvelo.

Y esas notables facultades que Eva posee, tanto en el arte lírico como en el dramático carecen aún del poderoso desarrollo que están llamadas á adquirir con el perfeccionamiento del estudio y la experiencia de la escena.

De la temporada lírica de 1885, conservaremos siempre grata memoria debida en gran parte á los triunfos inolvidables de Eva Tetrazzini.

Recordaremos en toda época, con placer á la encantadora *Aida*, á la ardiente *Selika*, á la apasionada *Valentina de Saint Bris*, á la desdichada *Leonor de Vargas*, á la virtuosa *Paolina*, y á la interesante *Regina* de la bellísima creación musical de Filippo Marchetti.

Y al mismo tiempo que abrigamos la seguridad de que nuestro público no olvidará nunca á Eva Tetrazzini, creemos que esta tendrá siempre, aún en medio de sus más espléndidos triunfos, un recuerdo para Montevideo, y su teatro lírico, cuya escena será cuna del glorioso porvenir artístico que le está reservado.

El recuerdo de la noche del 11 de Agosto de 1885 no se borrará, no, en la memoria de la jóven Eva, porque en ella se ha visto aclamada por un público imparcial é inteligente, que ha sabido estimar en lo que valen sus sobresalientes condiciones artísticas, premiando así sus nobles desvelos y sus legítimas aspiraciones y alentándola para que persevere en el estudio de ese arte divino que le ha de dar muchos dias de gloria, en época no lejana.

Con sus votos por la felicidad de la jóven artista termina estas breves y desaliñadas líneas

DILETTANTE.

Pensamientos

Del « Libro de Apuntes » de una inteligente niña, tomamos los que publicamos á continuación:

Una lágrima es, ó gota de hiel que destila del fondo de nuestra alma, ó perla cristalina, que nace y muere al arrullo de una esperanza lisonjera.

El corazón de la mujer es susceptible de estrellarse en las adversidades de la vida, — cual frágil barquilla lanzada contra las durezas de las rocas.

La moral y la religión son las bases de los sentimientos del hombre y preparan la formación de las sociedades.

